El Jardín de Hipócrates

Pedro Rubén Piñol García

El Jardín de Hipócrates

Pedro Rubén Piñol García

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2023
© Pedro Rubén Piñol García, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-09-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-16647-2023

A los anónimos habitantes del país, que con su esfuerzo diario hacen que esta sociedad funcione, que nutren las cifras de los registros, y que son héroes sin saberlo.

El que consigue su ideal, por este hecho mismo lo supera.

Friedrich W. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

—La ilusión no se come —dijo la mujer.

—No se come, pero alimenta —replicó el coronel.

Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*

I

Con toda certeza, la documentación que se había recibido en el instituto, procedente de Hungría, así como la amplia muestra de tejidos que la acompañaba, era de lo más insólito que había llegado a nuestras manos. Incluso podría decir, sin duda, que se trataba del caso más extraño de toda mi vida profesional.

Algo similar le había ocurrido al profesor Helmut, mi jefe, que en aquella época, y por lo que llegó a confesarme, ultimaba los detalles de su retiro, aspecto importante porque, de acuerdo con la legislación vigente, hubiera podido jubilarse siete años antes. Sin embargo, la gran fama que tenía entre la comunidad científica le había permitido continuar en la brecha como director, a pesar de la avanzada edad y de su delicado estado de salud.

Mi superior era una persona con una inteligencia admirable, que supo crear un clima de trabajo muy eficaz y conseguir, a la vez, un bajo nivel de enfrentamiento entre las diferentes secciones del Instituto de Patologías Médicas. Además, cualquier línea de investigación que estuviera bien argumentada contaba con su apoyo, aunque se desviara un tanto del grupo de proyectos fundamentales, que ponía en práctica la institución con una planificación muy elaborada.

Durante mucho tiempo, las posibles desviaciones que he indicado siempre dividían a la junta directiva, integrada por algunos representantes del Ministerio de Sanidad y de varias universidades del país, que pretendían dedicar todo el presupuesto al conjunto de programas previstos en cada planificación anual. No obstante, el profesor Helmut siempre había defendido su denominado «Jardín de Hipócrates»; es decir, la posibilidad de cultivar nuevas líneas de investigación que pudieran surgir en cualquier momento, porque, como él decía: «A menudo, las flores más hermosas aparecen espontáneamente y no hay que dejarlas escapar». De hecho, su visión fue muy acertada, ya que con el paso de los años el «Jardín» dio unos frutos tan importantes que se institucionalizó como un proyecto más, aunque sin forma definida ni memoria prevista para desarrollar con exactitud en el futuro; algo que, a pesar de todo, siempre producía una cierta indigestión a la junta del instituto.

En una lluviosa mañana de mayo, después de releer los últimos párrafos subrayados del informe y observar, una vez más, las muestras que habíamos recibido, me presenté en el despacho del director a la hora acordada. Su secretaria, la sexagenaria señorita Helga, me recibió con su habitual sonrisa bondadosa, que tanto me recordaba a la de una de mis abuelas. Con su diligencia acostumbrada, avisó al profesor y me franqueó la puerta de su despacho, cuando él le decía:

—Por favor, señorita Helga, mientras esté con el profesor Derven, procure que nadie nos interrumpa.

—Así será, profesor Helmut.

—Muchas gracias. Ya puede retirarse —añadió, con su amabilidad acostumbrada.

Después, él giró su rostro, dirigió su mirada hacia donde yo estaba y me comentó:

—Verá, Hans, he pasado todo el fin de semana revisando los datos recibidos.

—Ya lo sé, profesor Helmut. De hecho, yo también quise estudiar, de nuevo, las preparaciones microscópicas, y usted se me había adelantado.

—Bueno, pero como las devolví el domingo por la noche, usted las ha tenido a su disposición desde el lunes a primera hora. Por lo tanto, supongo que habrá estado enfrascado con ellas hasta hoy.

—Así ha sido.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado?

—A ninguna, en concreto. Salvo que todo me parece increíble.

—En lo último estoy de acuerdo con usted. Sin embargo, las muestras fueron remitidas por mi viejo amigo el doctor Borneszty, y le aseguro que es una persona tan cuidadosa como nosotros.

—¿Entonces?

—Entonces, aunque parezca imposible, sesenta de las ciento tres momias del siglo XVII, que se descubrieron en la cripta de Barest, murieron a una edad muy longeva. Además, en la mayoría de los casos, habían padecido una severa tuberculosis desde su infancia o adolescencia. En consecuencia, y a tenor de la información recibida, surgen dos grandes interrogantes: el primero estriba en cómo pudieron sobrevivir tantos años con una enfermedad que, por lo general, llevaba a la tumba a sus congéneres poco tiempo después de manifestarse.

Cuando pronunció esas palabras, el profesor Helmut se quedó unos instantes en suspenso, como si estuviera considerando algo nuevo en su mente. Sin embargo, no me hizo partícipe de la idea fugaz que había atisbado, porque, acto seguido, continuó con su comentario.

—El segundo aspecto, que no es menos importante, radica en cómo la mayoría de esa gente pudo vivir tantos años en una época que contaba con una esperanza de vida extremadamente corta.

—Además, según el informe, la mayoría de los cadáveres corresponden a personas que debieron ejercer trabajos manuales muy duros, y no a sujetos de la alta burguesía, la Iglesia o la nobleza, con una vida mucho más amable —señalé con algo de prisa.

—Así es, mi admirado Hans. Todo es un verdadero misterio, porque no hay nada que cuadre con nuestros conocimientos actuales.

—Ciertamente.

—En fin, creo que tenemos un trabajo delicado y urgente para nuestro Jardín de Hipócrates.

—Supongo que así es.

—Precisamente por eso, me encantaría que se enviara a una persona de la máxima solvencia para estudiar el caso *in situ*.

—Estoy de acuerdo con ello.

—Entonces ¿ha pensado en alguien?

—Sí, en la doctora Marlene. Aunque es joven, me parece muy capaz.

—A mí también me lo parece. No obstante, había pensado en otra persona, porque creo que el asunto es de tal importancia que así lo requiere.

—¿En quién ha pensado?

—En usted, Hans… Aunque podrá llevarse a los colaboradores que necesite, para que pueda estar en el instituto, en el momento adecuado, con motivo de mi retiro definitivo.

—¿Cómo?

—Verá, apreciado Hans, voy a dejar este despacho lo antes posible. En realidad, debí hacerlo hace bastante tiempo, pero fui postergando la decisión, año tras año, influido por lo feliz que he sido entre estas cuatro paredes y, especialmente, en los laboratorios de esta casa, acompañado por un equipo tan bueno como el que he tenido el honor de dirigir. No obstante, todo pasa y creo que el momento ya ha llegado con creces. Así, podré tomarme unas oportunas vacaciones para descansar este verano en el campo, tranquilamente, sin los agobios del cargo ante el nuevo ejercicio anual que se presenta. Lo haré en la hermosa finca que mis abuelos maternos tenían en Silgen. Ahí podré gozar del bello paisaje que la rodea, con su arroyo, su bosque, la fragancia de las flores y el verde prado, que se extiende hasta la falda de la montaña más próxima. En suma, intentaré revivir ciertos recuerdos de mi infancia, al menos en la medida de lo posible, porque mucho me temo que este verano sea el último de mi vida.

—Por favor, profesor Helmut, no diga eso.

—Bien, tal vez no se trate del último, pero poco faltará, porque la afección que padezco no deja lugar para la esperanza. Le hago esta confesión en la más estricta confidencialidad, ya que cuando este tipo de noticias se divulga es cuando se precipitan las menciones honoríficas y los premios. Eso es algo que, como usted sabe muy bien, me molesta y no deseo en absoluto, ya

que el gran premio de mi vida ha sido poder trabajar en este instituto.

—Pero, profesor…

—Espere un poco, Hans, por favor, y no me interrumpa… Le he propuesto a la junta directiva como mi sucesor. Por eso, mientras duran las deliberaciones, los trapicheos y las compensaciones será preciso que en algún momento usted esté aquí, para reforzar con su presencia la candidatura. Y no me diga que no desea ser el director del instituto, porque eso lo sé muy bien. Pero, lo cierto es que creo que es el más capacitado para ello y, en este extremo, créame, soy inflexible.

—Gracias por su opinión. Pero los profesores Schmidtt y Möller tienen tantos méritos como yo.

—Es cierto. Sin embargo, no cuentan con su sagacidad y su amplitud de miras. Tienen algo de funcionarios, que lastraría su gestión. Acabarían por convertir el Jardín de Hipócrates en un ámbito demasiado previsible, planificado y protocolizado; en el que cualquier hecho que reclamara nuestra atención con urgencia sería analizado, presupuestado y considerado demasiado tarde. Son muy buenos científicos, pero no han asimilado que el tiempo nunca es algo indefinido y que la verdadera esencia de su concepto está detrás del *tempus fugit*, el tiempo que se escapa, como decían en otra época, y que hay que cabalgar sobre sus lomos.

—Es muy posible que sea cierto.

—Lo es, con toda la certeza del mundo. Puede estar seguro de ello.

—Bien, la verdad es que comparto, en gran medida, su visión del tiempo y coincido en que en los casos urgentes se escapa de las manos.

—Así es, sin lugar a dudas.

II

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de la capital húngara, caía una lluvia fina y persistente, que acentuaba el brillo de todas las cosas que se alcanzaban a ver. La pista de aterrizaje, el fuselaje de las aeronaves y los vehículos que transitaban cargados de mercancías se me antojaban como recubiertos de una fina capa de barniz. Se trataba de una percepción que, sin duda, superaba esa tendencia a la opacidad en los colores tan típica de nuestras latitudes durante un día lluvioso.

Pasé el control de pasaportes en una cabina ocupada por una joven rubia, de manos muy finas y delicadas, que apenas me miró y que ni siquiera se molestó en estampillar mi documentación con la fecha de entrada al país. Creo que no llegó a responder a mi saludo en inglés o, si lo hizo, resultó totalmente inaudible. Estaba muy distraída, leyendo una revista de cómics

o una novela gráfica, cuyos dibujos no pude apreciar, porque los ocultaba con una gran parte de su brazo. Después, nadie se interesó en revisar mi equipaje de mano; es decir, el maletín de laboratorio para poder tomar cierto tipo de muestras *in situ* y el grueso portafolios, acompañado por el ordenador portátil que llevaba, una verdadera novedad en aquel momento, a pesar de que se trataba de un aparato extraordinariamente pesado y limitado, si lo comparamos con los de ahora. De hecho, todo figuraba muy bien detallado en una relación que me habían facilitado las autoridades de mi país al dejar nuestra ciudad. Por eso insistí para que ratificaran, con su sello y la diligencia correspondiente, el recibo del material que llevaba a Hungría y evitar, así, posibles dificultades el día de mi regreso.

Cogí un taxi, para que me llevara a la nueva Facultad de Medicina, en una de cuyas alas se habían instalado las dependencias del Instituto Anatómico Ronai, así denominado en honor al ilustre patólogo Odon Ronai. Sin embargo, el taxista, que era demasiado joven y, según me dijo, estaba supliendo a su padre convaleciente de una gripe, se equivocó en un par de ocasiones. Por consiguiente, tuvimos que deshacer el trayecto seguido, hasta que, dejando la ciudad por el puente Isabel, construido en 1964 sobre los pilares de otro anterior de 1903, que fue destruido por mis compatriotas en 1945, pudimos llegar a nuestro destino final.

La vuelta forzada por la escasa experiencia del taxista me permitió contemplar, una vez más, la belleza de la zona cercana al río Danubio, que presentaba un agua de un color gris oscuro, como si fuera una corriente de plomo líquido, salpicada por una lluvia cada vez más potente. Al llegar al destino, el muchacho no aceptó, bajo ningún pretexto, cobrarme más de la mitad del importe que marcaba el taxímetro, a la vez que me pedía disculpas por su falta de pericia.

Cuando accedí al Instituto Anatómico, el portero señaló que estaban esperándome y pocos minutos después me vino a recibir el propio doctor Borneszty con uno de sus colaboradores. Ambos me ofrecieron una calurosa bienvenida y, rápidamente, me guiaron al despacho del profesor, donde estuvimos un rato charlando sobre generalidades. Una vez que su colaborador se fue, me preguntó:

—¿Cómo ha ido el viaje, profesor Derven? ¿Le han molestado mucho en la aduana con su equipaje?

—En absoluto, profesor Borneszty. Todo ha discurrido perfectamente. De hecho, no deseaban ver nada de lo que llevaba encima.

—Bien. La facultad avisó a las autoridades que llegaría un importante investigador de su instituto.

—Gracias. Son ustedes muy amables.

—De nada.

No quise ahondar en el tema, pues me pareció una descortesía comentar que la falta de interés de los